

Ortega y lo repitió, con buenas razones, Carlos Blanco Aguinaga más recientemente— y al deseo de ratificar los orígenes rurales y arcaizantes de una idea de España estática y patriarcal, pero eso será sólo parte de la verdad: el quietismo acartonado es el de Ricardo León y no tiene nada que ver con esta progenie de españoles inquisitivos. Pocos países habrán escrito —hasta ayer mismo— tanta literatura sobre la exploración física y antropológica de sí mismos, convirtiendo el narcisismo originario de tal actitud en voluntario apartamiento de otra especie peor de narcisismos. Por volver a nuestro Rafael Alberti, ¿qué es *Marinero en tierra* sino la mágica vinculación de una infancia y un paisaje, reconocibles como identidad del desterrado en Madrid? ¿Y qué es *A la pintura* sino un homenaje a la patria de elección que es el Museo del Prado, rincón habitable de lo mejor de la historia? ¿Y qué es *Ora marítima* sino la conversión del país nativo en mitología cernida así por la distancia cronológica y la herida de la distancia en el espacio?

Los años 1920-1939 presenciaron pasos decisivos para proporcionar a estas emociones un cauce institucional. Son los años en los que la literatura y el arte españoles encuentran modos de difusión y elementos de apoyo de trascendencia decisiva: lo mismo puede ser un semanario como *España* que afirma su ejecutoria política entre 1915 y 1924, que un periódico como *El Sol*, nacido en 1917 y buque insignia de la vasta empresa de comunicación intelectual que concibió Nicolás María Urgoiti con la asesoría de Ortega; lo mismo fue un escaparate de lo más sugestivo de las culturas europeas como la *Revista de Occidente*, que ve la luz en 1923, que un combativo quincenario como *La Gaceta Literaria* de Ernesto Giménez Caballero que, entre 1927 y 1932, libró brillantes escaramuzas por la creación de un público nuevo que integrara en su credo estético las formas artísticas de la vanguardia. Pero las revistas son, muy a menudo, un síntoma de causas más profundas. La hermandad intelectual que posibilita sus redacciones y que asegura sus públicos se encuentra, por ejemplo, en la renovación de la vida universitaria que también tiene hitos destacados: la fundación de la Junta para Ampliación de Estudios, primero; la constitución, después, de la inolvidable Residencia de Estudiantes en 1910, la misma fecha en que la Junta organiza el Centro de Estudios Históricos... No es una casualidad que el año de 1927 sea, amén del epónimo de la generación de Rafael Alberti, aquel en el que se pone la primera piedra de la Ciudad Universitaria de Madrid, sueño de multitudes juveniles y aireadas arquitecturas que se inmoló a la barbarie entre 1936 y 1939, como si fuera un símbolo de lo que España perdería bajo la bota del franquismo. Las posibilidades que aquella juventud tenía para acceder al mundo de una cultura más exigente habían experimentado hacia 1920 una colosal mutación: cualquier librería de provincias podía ofrecer al estudiante inquieto un impecable libro editado por Renacimiento y luego por Biblioteca Nueva o por C.I.A.P.; la colección Universal, de C.A.L.P.E., que nació en 1919, ofrecería las pulcras ediciones de la *Segunda antología poética* de Juan Ramón o las *Notas* de Ortega donde cabía aprender las correspondientes lecciones de rigor lírico y de precisión conceptual; quien difícilmente accedía a los teatros de la capital, tenía

el mágico recurso del cine pero, si no, podía leer a Valle-Inclán, a Lorca o a Jacinto Grau en los tomitos semanales de *La Farsa*... la cultura de quiosco que trajo tantas obras de actualidad política y traducciones extranjeras, al lado de novelas sociales o estudios de divulgación sexológica, dio particular carácter a la cultura popular del período republicano. Y llegó precisamente cuando entraban en decadencia irremediable aquellos otros productos de librería popular —las colecciones de novelas cortas inauguradas en 1907 por *El Cuento Semanal*— que les habían precedido en el favor público... y en la desconfianza y el aborrecimiento por parte de las juventudes más exigentes y vanguardistas de los años veinte.

Y es que la vida española posterior a 1918 —por citar el momento final de la primera guerra europea— ya no es lo que había sido en el sesteante período de la Restauración y la Regencia, aquellos años que Galdós tildó de «años bobos» y que Ortega descalificó con elocuencia en su discurso «Vieja y nueva política» de 1914. Producíase entonces, y en forma acelerada, un cambio similar al que Europa había vivido en los dos decenios anteriores a la contienda. Cuando el gran historiador británico Eric J. Hobsbawm quiere describir en su último libro, *The Age of the Empire*, el reflejo vital de la época no vacila en recurrir a su propia experiencia familiar en la víspera misma del atentado de Sarajevo: por entonces, una muchacha vienesa de familia acomodada, que ha tenido acceso a estudios superiores, realiza un viaje de estudios por Oriente Medio donde su familia tiene algún interés económico; y allí conoce a un joven funcionario inglés de correos quien, a su vez, es hijo de unos emigrantes polacos establecidos en Inglaterra desde mediados de siglo. Estos fueron el padre y la madre del autor, y su periplo personal un testimonio de las relaciones, los horizontes profesionales y las experiencias personales que posibilitaba la integración económica del mundo bajo el signo del capitalismo imperialista (que un ruso, Lenin, llamaba así pocos años después de que la España del Desastre o la Rusia de Port Arthur perdieran la carrera del expansionismo colonialista). La pacata política exterior de Cánovas y la derrota de 1898 habían colocado definitivamente a España en la periferia de los grandes imperios y un español que tuviera entre veinte y treinta años a la fecha de 1920 no podía tener, por ejemplo, la terrible vivencia de la guerra europea y las desazones subsiguientes a la desmovilización en un mundo muy distinto. La «postguerra» española fue una postguerra moral y las únicas trincheras que se vivieron fueron las edificadas con el papel de los periódicos beligerantes o con los enconos de *aliadófilos* y *germanófilos*. Conocería, en todo caso, alguna sensación parecida si la cuota no le había librado de la guerra colonial en Marruecos que dejó su huella memorable en las páginas acres del Sández de *Imán*, en los fervores regeneracionistas del Giménez Caballero de *Notas marruecas de un soldado* o en el bronco sadismo protofascista del Luys Santa Marina de *Tras el águila del César*.

El escritor español prototípico nacido hacia 1900 era, sin embargo, algo distinto de sus colegas europeos. Todavía resultaba muy probable que procediera de un medio rural acomodado que, en todo caso, había experimentado recientes y decisivas trans-

formaciones: García Lorca, por ejemplo, había nacido el año fatídico de 1898 en una vega granadina a la que había enriquecido el cultivo de la remolacha azucarera y su destino de vástago adinerado fue paralelo al de la ostentosa vía urbana que los granadinos llamaron «Gran Vía del Azúcar»; Rafael Alberti, como antes Juan Ramón Jiménez, procedía de una ascendente burguesía agraria enriquecida con el comercio de vinos y en los recuerdos de uno y otro —en *La arboleda perdida* y *De un momento a otro*; en *Platero y yo* y *Por el cristal amarillo*— dejó su huella indeleble la seguridad del confort burgués; Emilio Prados fue hijo de un acaudalado comerciante de muebles malagueño y Alexandre hijo de un ingeniero, como lo habían sido los Baroja, mientras que Fernando Villalón o José María Hinojosa procedían de una típica *souche* de terratenientes. La mujer que unió su destino a Alberti, María Teresa León, sería una burguesita castellana, hija de militar, y Concha Méndez, la que se unió a Manuel Altolaguirre, una *sportswoman* que ganaba concursos de natación y que se recordaba en sus versos como bañista en la aristocrática playa del Sardinero... El patético caso de Miguel Hernández llama la atención por darse precisamente en un marco humano de prodigalidad vital y recursos suficientes. No era leyenda el hambre y la desazón del pobre provinciano que, en 1935, escribía infructuosamente a su amigo García Lorca:

Te escribo en una situación penosísima: parado, ni pastor siquiera, con novia que no se conforma viéndome así, madre, padre, hermanas, que tampoco, por nuestra pobreza. Y yo menos. Y no encuentro trabajo y cada bocado que como es vigilado con el rabillo del ojo por todos, que me quieren como a regañadientes. No sé, pero si sigo así un mes más, me iré Dios sabe a dónde en busca de un ganado y de un mendrugo. Quiero que me digas, Federico amigo, algo, ¿no se estrena *El torero más valiente*? Bueno, hombre, será que no vale la pena; hice esa tragedia por aliviar la mía (...) No me queda más dinero para sellos. Escribí a Neruda que me escribió, y espero carta suya².

Entre otros estrenos felices —Lorca iba a ver el de *Doña Rosita la soltera*—, manifiestos y libros impresos en el taller de Altolaguirre, florecer de revistas y entusiasmo de reseñas, alguien sufría por su hambre y su vergüenza, como otros —se puede pensar en Prados o Cernuda— refugiaban su orgullosa y secreta diferencia en el seno acogedor de la revolución proletaria. Eran experiencias de juventud más difíciles y completas a las que se unía y sustentaba una educación más exigente: no en vano la Residencia de Estudiantes de los madrileños Altos del Hipódromo es una referencia obligada. A cambio, no serían muchos los que tuvieran la experiencia de vivir fuera de España, o fuera cuando menos de su ambiente habitual: Lorca vivió con pasión lo catalán y se permitió escribir en gallego; Juan Larrea, como antes el chileno Huidobro, habitó una lengua extraña y supo de lo que Georg Steiner llamó *extraterritorialidad* al escribir una parte de su obra en francés... Pero antes del exilio general de 1939 —cuando Cernuda quiso vivir como inglés y Alberti casi como italiano—, la experiencia vital de los extranjeros era muy limitada. Por supuesto que ninguno tiene la de países exóticos y, en ese sentido, la literatura española seguirá siendo muda; tampoco abundan los transterramientos definitivos aunque los viajes sean algo más

² Epistolario, ed. A. Sánchez Vidal, Alianza Ed., Madrid, 1986, p. 68.

que la escapada bohemia. La estancia de Ortega en Alemania para 1905 o los viajes de Manuel Azaña a Francia, como después los años escolares pasados en Europa con los fondos nunca muy abundantes de la Junta para Ampliación de Estudios, se convierten ya en experiencias formativas, en útiles y enriquecedores cotejos de una España provinciana y un mundo más abierto. Entre los escritores de 1927 los más tocados por el aire exterior son, sin duda, los dos decanos, Jorge Guillén y Pedro Salinas. Y resulta significativo ver cómo el joven Salinas de 1915 escribe a su novia Meg en septiembre de 1915, tras haber hablado con su colega Américo Castro y ver la posibilidad de seguir en París como lector de español, hacerse a la par doctor en letras y después intentar obtener una cátedra de universidad en España y no una modesta plaza en Instituto de Enseñanza Media:

Vida, yo me doy cuenta de todo lo que representa París para nosotros. Ventajas materiales, primero, sí, pero ventajas espirituales sobre todo. Margarita, tú sabes mejor que yo lo que los dos debemos a nuestro amor; pues bien, creo que nada nos pondrá mejor en condiciones de darle una vida alta y pura, que esta residencia en París (...) Una de las cosas que más me contrariaban era tener que traerte a un rincón de provincias donde sólo llegasen ecos de sonidos, y no sonidos puros (...) Ya te hablaré con despacio de eso: tú no sabes lo que son las provincias españolas, cómo absorben, cómo no permiten ninguna independencia, cómo todo lo que no es distinto a su vida se tacha enseguida de raro o de loco y se aísla. Y luego la ausencia total de vida de espíritu. ¿No ves tú a las ciudades como hogares espirituales? Pues bien, ningún hogar más frío y desamparado que el de la provincia española, aun el de Madrid³.

Esta porción de candorosas ingenuidades resulta, sin embargo, muy reveladora: el Ortega que se entusiasma con Nuremberg también hubiera ratificado que una ciudad es un «hogar espiritual» y seguramente no hubiera compartido lo que Unamuno veía y gustaba de la provinciana y bellísima Salamanca que había convertido en su referencia obligada: metáfora y altavoz de sí mismo pero no hogar de disciplinada cultura... El encanto de la provincia que habían gustado los modernistas —tan entusiastas de las *ciudades muertas*— claudicaba ante exigencias nuevas y, de ese modo, la explosión de la vanguardia fue una cadena conspirativa de revistas de provincia y de entusiasmos minoritarios que abarcan toda la geografía española: *Verso y Prosa* en una Murcia que acaba de estrenar universidad; *Litoral* en una Málaga que empieza a des-perezarse del sueño señoritil donde literariamente gobernaban Ricardo León y Salvador González Anaya; *Meseta* en la recoleta Valladolid que no conocía más inquietud intelectual que la de las huestes de Santiago Alba; *Mediodía* en Sevilla para demostrar que algo más había que la comedia de los Quintero o las narraciones del canónigo Muñoz y Pabón... En 1931 Ortega hablaría de la necesidad de la «redención de las provincias» que habían sido el bastión reaccionario de la Restauración (y, en parte, de la moralina envejecida de la Dictadura primorriverista): en las fechas siguientes, la radiodifusión, el automóvil, el cinematógrafo y aquella cultura de quiosco a la que aludía más arriba borrarían muchas distancias y supondrían un paso gigantesco en la integración moral y política del país, en la conquista de una «vida nacional» irrigada por idéntico fluido histórico.

³ Cartas de amor a Margarita, 1912-1915, ed. S. Salinas de Marichal, Alianza Ed., Madrid, 1984, p. 254.